

"REVEILLON" DE LA HISTORIA

NO acertamos a saber por qué la imagen que tenemos de las celebraciones de fin de año es una imagen un poco anticuada, levemente desteñida y melancólica. Hay en ella los ritmos de un violín de tango y una serpentina voladora sobre la risa ebria y el pelo «platiné» de una ambigua «cocotte» de los años veinte. Era el tiempo de las burbujas del champaña y del cigarrillo turco en largas boquillas de ámbar. Nuestra imagen del fin de año es contemporánea del «nuevo deal», de la primera posguerra, de la brillantez en el pelo de Rodolfo Valentino, esa época que Angel Zúñiga guarda en un arcanos peculiar, con todo su perfume y toda su magia. Nos preguntamos a menudo por qué entrevemos y evocamos así la Noche Vieja, cuando nosotros no hemos asistido a semejantes alardes de «frivolité», ni hemos compartido las luces de aquellas bagatelas, ni hemos dialogado jamás con señoritas que llevaran el pelo a lo «garçon». Han transcurrido ya muchos finales de año que no son el de 1923, pongamos por caso; hemos participado en múltiples «reveillon» que no son de aquel tiempo. ¿Por qué nuestro «reveillon» por excelencia es un «reveillon» que no hemos presenciado, en el que no hemos colaborado y quedan los nuestros, los que van desde el año treinta hasta hoy, totalmente diluidos e inestables?

Quizá la impresión que nosotros tenemos no sea tan subjetiva y arbitraria como pudiera parecer. La demarcación del tiempo en anualidades precoces los festejos periódicos del «reveillon» para despedir a un tiempo que se va y recibir a otro que viene, con sus incógnitas, con sus esperanzas, con sus presagios. Pero no termina ni empieza el tiempo de año en año. Nos parece que los ciclos del tiempo son mucho más largos que el calendario anual. Y si nosotros recordamos o exaltamos la Noche Vieja de los años veinte es porque entonces se marcaba con claridad el hito entre dos épocas. Quizá en los treinta y seis pasos del tango, según la ortodoxia de salón, se terminaban el minueto y la polka. Quizá en la gomina de Rodolfo declinaban los últimos bucles del sarao dieciochesco.

Cuando uno tras otro los años se van sucediendo, la efemérides se transforma en una fecha ocasional. De los trece a los treinta años de nuestra vida la cuestión apura todas las posibilidades de su trascendencia. A medida que se reproduce la añadidura de un año más sobre nuestras espaldas, éstas se tornan más insensibles e indiferentes. Hay viejos de ochenta años a quienes la cuestión debiera afectar sensiblemente que, sin embargo, se quedan impávidos y aletargados en la circunstancia. Lo grave es pasar de los catorce a los quince años, de los dieciocho a los diecinueve. ¿Qué va a ocurrir?, se pregunta entonces el ánimo esperanzado. Porque lo que quiere el joven, lo que el joven sabe, es que a esas alturas tan someras de la vida lo natural es que ocurran cosas. Es inexorable que las cosas ocurran cuando se es joven y dejen de ocurrir a medida que uno envejece. Luego vienen años de madurez sin acentación alguna; y en los de la vejez apenas si es perceptible el texto de ese extenso libro. Ya ha desaparecido de la vida toda novedad, como no sea su contrapartida y su contraste, que es la muerte.

Por ello, repetimos, en la inanidad de las celebraciones actuales el hombre maduro actúa desde una cierta perspectiva. Se trata de una perspectiva histórica, que excede los signos de su propia individualidad y de su peripetia vital. Decíamos que los «reveillon» de los años veinte se constituían para nosotros en símbolo auténtico del tránsito de una época. En ellos terminaba verdaderamente un año. Se trataba de un año histórico, mucho más vasto que los trescientos sesenta y cinco días de nuestra terrena rotación en la órbita

solar. Podemos contar ese año histórico con la misma desproporción aritmética que en los pasajes bíblicos o como los días del Génesis. La falda corta y la cintura en la cadera de las señoritas descocadas de aquel tiempo cerraban un ciclo que tenía en su entraña a los nacionalismos históricos, a los capitalismo desmedrados, a los anarquismos detonantes, a los colonialismos del XVIII y del XIX, a los salones «pompiers»... Atisbaba un ciclo nuevo, un nuevo año, del que ahora, en mitad de un marzo histórico, alumbran ya los resultados: la psiquiatría y la técnica, la bioquímica, los cohetes a reacción, la arquitectura y el viaje a la luna. Con el humo en espirales de los últimos cigarrillos turcos se extinguían la tuberculosis, el azote de las enfermedades incurables. Se preparaba el tumulto de la última guerra, pero se aseguraba, también, que la vida del hombre se prolongaría sobre el planeta mucho más. Quizá sea por ello que nosotros evocamos aquellos «fin de año» como auténticos, como veraces marcas del tiempo, como encrucijadas valederas de la temporalidad.

El último «reveillon» es aquel en que el sabor de las doce uvas es agri-dulce, y desesperado y en el que un mundo sin brújula ríe entre flecos de serpentina. Había una languidez sensorial en el modo con que las mudanas cruzaban las piernas y mostraban, en la seda de la media, el cañamazo de unas flores. El perfil de George Raft cruzaba con un rictus desdeñoso sin saber que muy pronto sería barrido por el atleta de hoy y el astronauta de mañana. Un mundo antiguo se marchaba con un ritmo modernista de «jazz-band».

un día más Pero ahora, hoy, esta vez, no cambia el año histórico. Estamos ya en órbita. Lo que heredamos de los años anteriores es válido para los sucesivos. En puridad, en el tránsito actual, nada nace ni nada muere. No somos augures: pero el año que empieza, esa acotación esperada y casi acontecida será un reajuste, una perfección, una puesta a punto de mayor eficacia de las obras que están en curso. Los investigadores, los técnicos, encontrarán nuevas aplicaciones y soluciones en el «meccano» gigantesco que están montando en las fábricas, en los laboratorios, en los grandes complejos industriales. No cambia, pues, el año, sino que se acentúa el tiempo.

Visto así, en la perspectiva general, el episodio del tránsito se limitará al golpe de gong de las doce campanadas y al ritual de los doce granos de uva, acústicos y sabrosos dejes de la mudanza vital y del envejecimiento de cada uno de nosotros. La herida que nos deja el pinchazo de la veloz avispa que pasa dura unos pocos instantes más, apenas para colmar la noche. Ya llevamos en el ánimo una copiosa colección de esas postales y nos habituamos a considerar las bolas de cristal, las burbujas, el vino y la amorcónica serpentina como avisos de tardíos de una tristeza repetida. No nos decimos ya «¿qué pasará?», sino que tenemos la esperanza —una esperanza vaga, delicuescente y sosegada— de que no pase nada. Dura un minuto ese carnaval de nosotros mismos en el que danzan y se amotinan por dentro docenas de figuras y de lances y una caravana cada año más larga de muertos a los que echar de menos. Luego, cuando las burbujas del champaña ya van una a una, sin arranque, a la superficie, nos hallamos con que un año más no es casi nada. Es sólo un día más.

Entonces sentimos una benévola disposición por todos aquellos que esperan todavía, con las mejillas encendidas, que esa hoja de calendario les descubra tierras de promisión, esperanzas y ahincos. En los rincones de las «boîtes» se besarán los jóvenes. El año nuevo es una cortina que se abre sólo para aquellos que pueden mirar la vida con avidez y con expectación. Para muchos, aquél será el año más importante de su vida. En el rescoldo hay un fuego oculto para todos aquellos que han de nacer, y una ceniza para los que van a morir. Todos los demás seguirán la tremenda rutina de la vida y de la carne, la riada de la humanidad.

Me gustaría, en esa fecha, quedarme a ver el vaivén del último colgajo, la flotación pausada de la cortina de papel, el tornasol y la sombra que hacen sobre el muro los destellos de la última candela de color, chisporroteante. Pero un día más es mucho tiempo. Y todo se deja que flote y que cuegue y que dé luz y sombras, porque este año ya importa dormir.